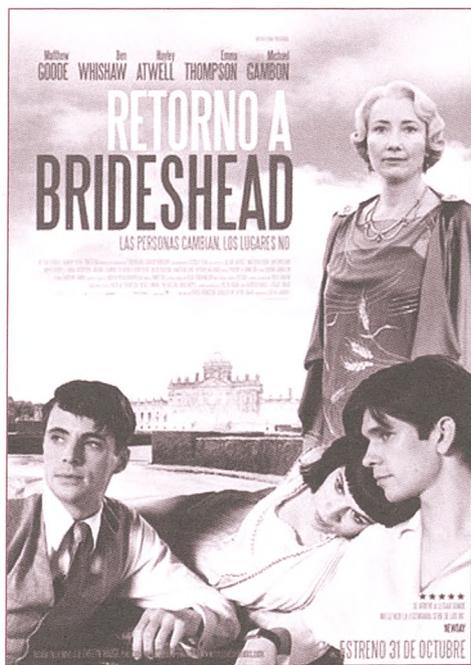


# “RETORNO A BRIDESHEAD” DE EVELYN WAUGH



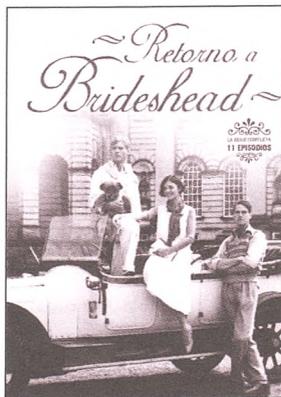
MAGDALENA VELASCO KINDELÁN  
 Doctora en Filología Románica

Desde sus comienzos el cine ha buscado adaptar novelas más o menos famosas, con suerte desigual. Es frecuente oír el juicio de que “la novela era mejor”. La realidad es que son lenguajes distintos que con frecuencia resultan complementarios: el cine concreta en imágenes lo que las palabras nos obligan a imaginar con esfuerzo e imprecisión. Por el contrario, el cine obvia muchas realidades invisibles. Como dijo Saint Exupéry “lo esencial es invisible a los ojos”.

El trabajo del guionista adaptador es sumamente delicado: por una parte, se debe a quien le paga, el productor de la película; por otra, siente la exigencia de ser fiel al texto sobre el que trabaja. Él sabe que una cosa es tomar inspiración de un texto, y otra adaptar una novela de éxito que cuenta con el respaldo del nombre de un escritor reconocido. Una cosa es mantener el aspecto externo de una novela, y otra mantener el espíritu, el tono y la intención con que fue escrita.

Para algunos que tenemos la posibilidad de recordar como adultos los años 80 del siglo pasado, ha sido una decepción ver la moderna versión cinematográfica de la famosa novela de Evelyn Waugh, por más que esté protagonizada por la gran Emma Thompson. En nuestro recuerdo, aparte de la excelente novela,

estaba también la inolvidable versión para la televisión que hizo Granada films en 11 capítulos, con Jeremy Irons y Anthony Andrews como actores principales, sin olvidar a Claire Bloom y Laurence Olivier.



La versión actual, con sus 2 horas, no puede competir con el ritmo sereno de la serie televisiva, aunque sí intente imitarla en su belleza visual. Pero,

en especial, me parece a mí que pierde lo que se considera habitualmente la esencia de la obra: su reflexión religiosa y moral. Y, en cambio, se recrea, creo que de modo no justificado, en la relación homosexual que el libro soslaya con elegancia y leve insinuación. ¡Qué pena que vivamos en tiempos de incapacidad para imaginar, captar lo sugerido, omitir lo innecesario!...

Evelyn Waugh (1903-1966), prologó la edición definitiva de su famosa novela poco antes de morir. En ese prólogo describía cuales fueron las circunstancias de su creación: “Cuando en diciembre de 1943 me lancé en paracaídas, tuve la buena fortuna de sufrir una

herida sin importancia que me proporcionó una temporada de descanso del servicio militar. Un comandante comprensivo la prolongó, y pude así permanecer sin destino hasta que terminé el libro en junio de 1944”.

Converso al catolicismo a los 27 años, Waugh nos resume en este prólogo cuál considera que sea el tema de “Retorno a Brideshead”: “es la influencia de la gracia divina en un grupo de personajes muy diferentes entre sí, aunque estrechamente relacionados.” Es preciso reconocer, sin embargo que este sutil componente de la novela no aparece en primer término, y cuesta trabajo captarlo en plenitud. Fácilmente se podría prescindir de él, como ha hecho la película, limitándose a contar una historia familiar de amistad y amor en un paisaje hermoso. Sin embargo, se traiciona así el verdadero sentido de la novela, por otra parte nada ejemplar y llena de dolor por lo perdido.

La familia Flyte-Marchmain posee, además de su mansión londinense, la maravillosa casa campestre de Brideshead. El joven protagonista, Charles Ryder, conoce a Sebastián Flyte en Oxford donde ambos estudian, y se acerca así a la familia. Vemos la vida alocada de ambos en Oxford, su escapada a Venecia, la huida de Sebastián a Marruecos, la acomodaticia vida de Charles en Nueva York, su reencuentro con Julia Flyte... Asistimos a fiestas, cacerías del zorro, cenas y viajes, conversaciones y tensiones. El narrador de la novela, Charles Ryder, entabla con el joven Sebastian una íntima amistad masculina, dominada por la sofisticada y atormentada personalidad del joven aristócrata. En una sociedad anglicana, los Flyte-Marchmain pertenecen a una de las 8 ó 10 familias aristocráticas católicas. Esto los hace distintos de sus iguales. Sebastián, abrumado por la presión familiar, escapa por la bebida, ante la

### “RETORNO A BRIDESHEAD” DE EVELYN WAUGH

consternación general. Julia, su hermana, permanece en una actitud ambigua, de rebeldía más aparente que real. Los otros dos hermanos permanecen fieles a sus orígenes, aunque de forma poco creativa. Lord Marchmain también abandona a su familia, aunque regresa.

Hay que reconocer que todo ello es suficientemente interesante como para olvidar que hay un hilo sutil que guía las vidas de los personajes y los dirige de forma misteriosa.

¿Cuál es ese hilo sutil? Lo comprendemos con la metáfora que procede de una historia de Chesterton que lady Marchmain lee en alto para entretener la sobremesa. El famoso Padre Brown ha conseguido descubrir a un ladrón, y dice que lo ha tenido desde el principio ligado con un anzuelo y un sedal, de manera que un simple tirón le ha permitido cobrar la pieza, por lejos que fuera o libre que creyera estar.

De esta misma manera -sugiere Waugh- lleva la gracia divina a los hombres y mujeres que alguna vez creyeron en Dios: aunque crean alejarse a su arbitrio y vagar por el mundo y la vida, basta un suave tirón del sedal para que vuelvan a su fe inicial y dirijan su vida conforme a sus exigencias.

Estas finas realidades que aparecen en la novela y en la versión televisiva del 1981 desaparecen en la película actual. Podríamos decir que “*manca finezza*” para expresar este sutil juego del espíritu y la cultura. Para ello necesita forzar la mano y crear un mundo de verdugos y víctimas. El verdugo es, por supuesto, la religión católica, representada por Lady Marchmain reconvertida en una Bernarda Alba elegante e igualmente fanática. Las víctimas son todos los demás, tanto los que se someten como los que se rebelan.

El guión tergiversa la historia en función de un prejuicio: la religión sólo puede ser hipocresía e imposición. Desaparecen así todos los sutiles matices que la novela presenta ante el hecho religioso, desvirtuando así su sentido original. El resultado es ininteligible, porque ningún personaje es creíble. Imitar la complejidad humana parece inaccesible a los nuevos censores. No hay más que desorientación e instintos. No hay orden en el caos. La luz de la capilla se convierte en una torpe vela sin significado posible.

Ni siquiera la gran actriz que es Emma Thompson puede salvar este desastre. Menos aún los poco

atractivos -aunque guapos- Matthew Goode y Ben Whishaw, que nos hacen suspirar por actores con alma como Iron y Andrews.

Obviar el planteamiento crucial en la novela y muy evidente en la fidelísima adaptación televisiva de 1981 es, en mi opinión, traicionar el sentido profundo de una obra de arte. Algunos dirán que en nuestros días pocos entienden estos planteamientos. Y yo digo que, si se omiten, cada vez se entenderán menos y haremos un flaco favor a la cultura contemporánea. No se puede estar siempre sujeto a lo políticamente correcto, y menos sujetar a quienes obraron de acuerdo con mentalidades más abiertas y menos reduccionistas. En mi opinión, librarse de las preguntas acerca del sentido de la vida, y acallar cínicamente las preguntas acerca del bien y la verdad, puede parecer una ganancia, pero es una profunda pérdida que lleva a la desorientación y al fracaso personal.

Brideshead es un símbolo, con su belleza y grandiosidad, de una manera de ser y de concebir la vida. El estricto orden clasista, la tradición, el modo de vestir, las convenciones sociales, son barridos por el estallido de la 2ª guerra mundial que se lleva consigo lo que quedaba del antiguo orden inglés, su poderío y superioridad, sus colonias productoras y su progreso técnico. Ryder, oficial del ejército en plena guerra, recibe la orden de acampar con sus tropas en el jardín de Brideshead. El gran palacio, usado como cuartel, guarda aún su exterior grandeza, pero está desolado. Han pasado veinte años. En los pisos altos viven aún algunos viejos criados y un sacerdote anciano. Sólo permanece intacta la hermosísima capilla, en la que

sigue encendida una luz. El agnóstico Ryder recuerda su íntima relación con la familia, y el particular destino de cada uno de ellos. Su amistad con Sebastián y su final dramático pero en paz; su amor con Julia y su insólita ruptura; la muerte de lord Marchmain, la vida generosa de Cordelia... Ryder saluda la presencia que se oculta



tras la pequeña lámpara que indica lo permanente.

Él ya no tiene ilusiones, pero ha sido testigo privilegiado de los sutiles tirones del sedal sobre cada uno de sus amigos. ■

#### BIBLIOGRAFÍA

Waugh, E. "Retorno a Brideshead" Ed Tusquets 2008  
Chesterton, G.K. "El Padre Brown" Eds. Encuentro 2008